

res de coincidencias al tratar de convertir la ficción en realidad para descubrir retratos y experiencias de gente conocida. No es difícil reproducir prototipos porque los personajes de una novela casi siempre son el reflejo de seres humanos que actúan movidos por grandezas y miserias, esperanzas, apetitos y ambiciones. Sus problemas son los de todas partes y de cualquier época. La historia registra innumerables casos de intolerancia, incomprensiones y recelos por las disidencias y por el intelecto altivo que lucha por subsistir entre la libertad y el miedo.

El largo epílogo de Mauricio Ostria, no obstante ser muy bueno como estudio, quizás le quita luminosidad a una narración tan fluida y espontánea. Da la sensación de ser la clase de un catedrático que mira a los lectores como si fueran menores de edad. Puede ser pertinente como análisis especializado de un texto, pero un tanto inadecuado en esta ocasión. Habría sido preferible un prólogo situado en un nivel distinto al del *magister dixit*.

Cátedras paralelas, es una obra robusta y sugerente, de un vigor que se fortalece en cada página. Andrés Gallardo sabe tratar con maestría los episodios del gran teatro de la historia y las incidencias del "petit guignol". Al cerrar este libro es como asistir al final de una pieza teatral apasionante y dan ganas de aplaudir y exclamar: ¡bravo! Entre tanto ripio melodramático y panfletario sin valor, el hallazgo de una piedra preciosa es como un premio a la paciencia. Valía la pena esperar.

TITO CASTILLO

"El Sur". Concepción. 1º-9-85,
con el título *Nace un novelista*

<https://doi.org/10.29393/At451-22CPIV10022>

CATEDRAS PARALELAS

De *Andrés Gallardo*

Ediciones LAR. Talleres Aníbal Pinto, Concepción.

Un profesor de literatura escribe su primera novela sobre un profesor de literatura, y no es el primero ni será el último en hacerlo. Andrés Gallardo (1941) es un narrador que ha sabido administrarse bien a sí mismo, y aprovechar sus "ventajas comparativas" en dos mundos que habita con soltura: la universidad y el campo. Lo mismo podría decirse en lo formal: ha sacado partido a su humor delgado, a su risueño tono menor, a su ironía sin estridencia. Esta novela pudo haber sido "la novela del drama del intelectual perdido en el mundo" o "del destino del profesor en una universidad rigurosamente vigilada"; y en cierto modo lo es, pero a su modo ligero, antiheroico, desprovisto de "tesis". Un poco más de militancia, de ideología, de metafísica, y la novela hubiera quedado más importante pero quizá fallida. No lo es —está muy bien lograda— porque Gallardo se ríe del intelectual, y de la universidad, y del mundo, y por cierto que de sí mismo, lo que nos gana desde la primera página de esta novela breve (Ediciones Lar, Concepción).

Rojitas, joven profesor de teoría literaria en una universidad de provincia, ha recibido el sobre azul por razones desconocidas. El episodio del sobre azul, primero de la

novela, está muy bien manejado y exhibe una habilidad que será constante en el relato: el control del ritmo narrativo, el saber demorarse en una escena o capítulo hasta el límite justo, y el saber bruscamente apurar el paso cuando es necesario. A su vez, los episodios posteriores que —al margen de Rojitas y de su conocimiento— revelan al lector por qué la universidad prescindió de sus servicios, por decirlo de modo formal, contienen una excelente sátira de la universidad intervenida: el episodio en que doña Marta —posible futura suegra de Rojitas— gestiona muy chilénamente el retorno de su posible yerno a la universidad, frente al “señor director” y el “señor administrador” del plantel, que a su vez lo gestionan con un misterioso “encargado”, posee una ironía muy leve y aguda, una manera fina de poner en ridículo esa administración de la vida académica practicada desde fuera de la universidad misma por motivos “patrióticos”.

Sin embargo, Rojitas está lejos de ser el emblema de una rebeldía o de una denuncia; es sólo un profesor más bien conformista, que no sabe hacer otra cosa sino clases de literatura, y que se ve forzado a realizar un duro periplo por el mundo exterior para ganarse la vida trabajando en menesteres no literarios; cuando está a punto de sucumbir en la empresa —en la libre empresa—, lo llaman de vuelta a la universidad.

Rojitas representa el drama del intelectual incapaz de cambiar el mundo, porque es —mucho más radicalmente aún— incapaz de producir otra cosa sino teorías literarias. Pero su propio drama es más bien una comedia. Sus pasos por el mundo exterior comienzan con el montaje de La Semiótica, Taller de Integración de Medios, donde supone que reunirá a artistas y teóricos a granel en un magno diálogo interdisciplinario, en una verdadera “alternativa para la inteligencia”, al mismo tiempo que se redondea un sueldo; sólo le llegan algunas señoras deseosas de cultivarse, algunos artistas menores deseosos de vender sus dudosas obras y, en un momento de ilusorio esplendor previo a la catástrofe, muchísimos “patanes” de la cultura. La fauna intelectual no sale bien parada en estas ligeras páginas.

Pero la odisea mayor de Rojitas es la empresa agraria: una chacra heredada que es un peladero, donde por algunas semanas se desvive desmalezando una tierra imposible: “Rojitas no le quitaba el cuerpo al trabajo, don Venancio encorbaba un poco más su espalda y no le quitaba el cuerpo al trabajo, Rojitas y don Venancio no se iban a morir de hambre en la chacra, Rojitas trabajaba todo el día, preparaba siembras, cuidaba las pocas gallinas, desmalezaba, perseguía caracoles, cuncunillas, pulgones, Rojitas no era feliz, Rojitas buscaba el lado de la chacra, Rojitas no era infeliz, trabajaba, se partía la espalda, cortaba hinojos para los conejos, partía leña, cortaba zarzamora sin grandes esperanzas, don Vena trabajaba duro, don Vena escuchaba a Rojitas, Rojitas le leía poemas, le hablaba sobre la naturaleza del fenómeno lírico, le teorizaba sobre el verso libre...”.

La novela contiene varios pasajes de esta índole, donde la prosa adquiere consistencia de poema en la sucesión de sus estribillos y de sus enumeraciones caóticas. Es una prosa muy libre y desenvuelta, que incorpora en forma mesurada y clara el carácter de ese discurso fluvial donde se contienen por igual descripciones, diálogos y monólogos en una misma corriente sintáctica sin señalizaciones innecesarias. Sin embargo, hay también muchos diálogos que respetan la transcripción y forma de parlamentos, y que son —con notable frecuencia— divertidos.

El punto neurálgico del humor de esta novela es la inveterada capacidad de Rojitas para teorizar acerca de todo lo que cruza su horizonte de intelectual puro. Irse a trabajar a la mísera chacra es "volver al origen", "retornar a las raíces", porque "Aquí la única institución sólida es el país interior", etc. En materia literaria la teorización es infinita: Rojitas ha desarrollado una tesis sobre la transformación nerudiana del espacio en tiempo por el quiebre interno del significante, Rojitas se adentra en la fascinante interacción de sistemas semiológicos entretreídos en la gran ciudad, Rojitas quiere enseñar la estructura del texto criollista al propio don Vena en la chacra —en su cátedra paralela—, Rojitas sólo está contento cuando, de vuelta a la universidad, puede seguir teorizando sin límites...

Y por contraste —un contraste sumamente sólido— se perfilan tres caracteres notables en las antípodas de la intelectualidad pura: la Nana con su sabio arribismo social, don Vena con la sabiduría invulnerable del hombre de la tierra, y doña Marta con la sabiduría innata del "orden de las familias". Ellos no teorizan, ellos saben, ellos triunfan a su manera, y por eso mismo son el contrapunto de la figura de Rojitas, en quien el intelectual puro se ríe de sí mismo con simpatía y gracia. Todo ello en tono menor, livianamente, sin pretensiones, sabiamente... Por la misma moderación de sus ambiciones, Andrés Gallardo acertó en su primera novela.

IGNACIO VALENTE
"El Mercurio" 27-10-85

EL VOLTICHE DE LA REVOLPITA

De *Hernán Poblete Varas*
Editorial Andrés Bello

Hernán Poblete Varas es escritor plural: antólogo, cuentista, ensayista, autor de novelas. Hasta ha incursionado alguna vez por la poesía, según vemos en una reciente selección presentada por Miguel Arteche.

El último de sus libros lleva el título popular y enrevesado que encabeza estas líneas. Lo edita Andrés Bello y corresponde ni más ni menos que al Premio de Novela 1984 de esa misma editorial. El jurado lo presidió Roque Esteban Scarpa y fue integrado, además, por José Miguel Ibáñez (Ignacio Valente), Enrique Lafourcade, Fernando Emerich y el suscrito. No es infidencia decir que la decisión fue adoptada por unanimidad.

Estoy cierto de que el fallo fue acertado porque la novela es decididamente buena. ¿Qué quiere decir "buena" en este caso?

Desde luego, que el lector se entretiene muchísimo leyéndola. Los episodios son amenos, variados, distintos, originales. El autor los concatena sabiamente en un proceso que pudiéramos llamar de purificación. De la farra a la paz del pueblecito "verde, azul y blanco, y plácido y dormido", pasando por la penitencia campesina, va el relato, que en ningún momento decae.